

CAPITULO IV

EL SUSTENTO DE LOS TRABAJADORES NO SALE DEL CAPITAL

¹ Pero todavía puede quedar o surgir en el espíritu del lector alguna duda.

² Así como el que ara no puede comer surcos, ni una máquina de vapor a medio construir auxilia en modo alguno la producción del traje que el mecánico usa, ¿no hemos olvidado, según las palabras de John Stuart Mill: “que los habitantes de un país son mantenidos y sus necesidades sufragadas no con el producto del trabajo presente, sino del pasado”? O, para usar el lenguaje de un popular libro elemental —de Mrs. Fawcett—, ¿no hemos olvidado “que han de transcurrir muchos meses entre la siembra del grano y el tiempo en que el producto de ese grano es convertido en pan”, y que, “por tanto, es evidente que los trabajadores no pueden vivir de aquello que su trabajo está contribuyendo a producir, sino que son mantenidos por la riqueza que su trabajo o el trabajo de otros ha producido previamente, la cual riqueza es capital”? (1)

³ La afirmación hecha en esos pasajes —la afirmación de que es tan evidente que el trabajo tiene que ser sustentado por el capital que basta sólo formular esto para obligar a admitirlo.— circula a

(1) *Economía Política para Principiantes*, por MILLICENT GARRETT FAWCETT, cap. III, pág. 25.

través del edificio de la Economía política corriente. Y tan confiadamente se opina que el mantenimiento del trabajo sale del capital, que la proposición de que "la población se regula a sí misma por el fondo que hay para emplearla y que, por consiguiente, siempre aumenta o disminuye con el aumento o disminución del capital" (1), es considerada como igualmente axiomática y, a su vez, convertida en base de importante razonamiento.

4 Sin embargo, analizándolas, se ve que estas proposiciones no sólo no son axiomáticas, sino que son absurdas, porque implican la idea de que el trabajo no puede ser ejercitado hasta que se acumula el producto del trabajo, poniendo así el producto antes que el productor.

5 Y examinándolas se verá que su aparente plausibilidad deriva de una confusión de ideas.

6 Ya he señalado el sofisma, disimulado bajo una definición errónea, que yace bajo la proposición de que, porque el alimento, la ropa y la habitación son necesarios para el trabajo productivo, la actividad productora está limitada por el capital. Decir que un hombre ha de tener su almuerzo antes de ir al trabajo, no es decir que no pueda ir a trabajar a menos que un capitalista le proporcione el almuerzo, porque este almuerzo puede venir, y realmente, en todo país donde no se padece una epidemia de hambre, viene, no de la riqueza apartada para ayudar a la producción, sino de la riqueza separada para la subsistencia. Y, como se ha demostrado previamente, el alimento, vestido, etc.—en síntesis, todos los artículos de riqueza—, solamente son capital mientras permanecen en posesión de aquellos que se proponen no consumirlos, sino cambiarlos por otras mercancías o por servicios productivos, y cesan de serlo cuando pasan a poder de aquellos que quieren consumirlos; porque en este tras-paso salen del acervo de riqueza retenida con el fin de procu-

(1) Las palabras citadas son de RICARDO (cap. II), pero la idea es común en todas las obras corrientes.

rarse más riqueza, y pasan al acervo de riqueza retenida con el fin de procurarse satisfacciones, sin tener en cuenta si su consumo ayudará o no a la producción de riqueza. Sin esta distinción es imposible trazar la frontera entre la riqueza que es capital y la que no lo es, aun remitiendo la distinción "a la mente del poseedor", como John Stuart Mill. Porque los hombres no comen o ayunan, no usan vestidos o van desnudos, según se proponen consagrarse a un trabajo productivo o no. Comen porque tienen hambre y se visten porque estarían incómodos sin ello. Suponed el almuerzo sobre la mesa de un trabajador que este día trabajará o no, según encuentre ocasión para ello. Si la distinción entre capital y no capital fuese en la ayuda que presta al trabajo, dicho alimento ¿sería o no sería capital? Decirlo le sería tan difícil al trabajador como a cualquier filósofo de la escuela de Ricardo-Mill. Ni aun podría afirmarse cuando hubiera entrado el alimento en su estómago; ni, suponiendo que al principio no encuentre trabajo pero sigue buscándolo, podría decirse hasta que hubiera pasado a la sangre y a los tejidos. Sin embargo, el hombre almorzará en todos los casos.

7 Pero, aunque lógicamente bastaría, sería poco seguro detenerse aquí y dejar que el argumento se dirija a la distinción entre riqueza y capital. Ni siquiera es necesario. Me parece que la proposición de que el trabajo actual debe ser sostenido por el producto del trabajo anterior muestra, una vez analizada, que sólo es verdad en el sentido de ser necesaria la comida de la mañana para ejecutar el trabajo de la tarde, o como si dijéramos que antes de comer la liebre se ha tenido que cazarla y guisarla. Y éste, manifiestamente, no es el sentido en que se usa la proposición para cimentar el importante razonamiento que sobre ella se levanta. Este sentido es: que antes de que pueda realizarse un trabajo que no produzca inmediatamente riqueza útil para la subsistencia, tiene que existir suficiente acopio de ésta para mantener a los trabajadores durante el curso de aquél. Veamos si esto es verdad:

8 La canoa que Robinson Crusoe hizo con infinitos esfuerzos y fatigas, era una producción en la que su trabajo no podía darle un inmediato rendimiento. Pero ¿fue necesario que antes de comenzarla hiciera un acopio de alimentos suficiente para mantenerse mientras abatía el árbol, ahuecaba la canoa y, finalmente, la lanzaba al mar? En manera alguna. Sólo le fue necesario consagrar parte de su tiempo a procurarse alimentos, al par que consagraba otra parte de su tiempo a construir y botar la canoa. O supongamos un centenar de hombres que desembarcan, sin ningún acopio de provisiones, en un país nuevo. ¿Les sería necesario acumular provisiones para toda una estación antes de que pudieran comenzar a cultivar el suelo? De ningún modo. Sólo les sería necesario que la pesca, la caza, las frutas, etc., fueran tan abundantes que el trabajo de una parte de los cien bastase para suministrarles diariamente lo suficiente para la manutención de todos, y que tuvieran tal sentido de los intereses mutuos, o tal correlación de deseos, que indujeran a aquellos que hoy obtienen alimentos a compartir (comerciar) con aquellos cuyo esfuerzo se encamina a obtener recompensa en lo porvenir.

9 Lo que es verdad en estos casos es verdad en todos. Para la producción de cosas que no puedan emplearse como subsistencia o no puedan ser inmediatamente utilizadas, no se necesita que haya habido una previa producción de la riqueza necesaria para mantener a los trabajadores mientras la producción se realiza. Sólo es necesario que haya en alguna parte, dentro del ámbito mercantil, una producción simultánea de subsistencias suficiente para los trabajadores, y voluntad de cambiar estas subsistencias por las cosas en que está empleado el trabajo.

10 Y en la realidad ¿no es verdad que en circunstancias normales el consumo está sostenido por la producción contemporánea?

11 He aquí un rico ocioso que no trabaja en producir con el cerebro ni con las manos, sino que, decimos, vive de la riqueza que su padre le dejó, sólidamente invertida en títulos de la Deuda ¿Viene su subsistencia, en realidad, de la riqueza acumulada en

el pasado o del trabajo productivo que se está realizando en torno de él? Sobre su mesa hay huevos frescos, manteca batida pocos días antes, leche que la vaca dio esta mañana, pescado que hace veinticuatro horas nadaba en el mar, carne que el muchacho del carnicero ha traído justamente en el momento en que había de guisarse, hortalizas frescas de la huerta y frutos del huerto; en una palabra: apenas nada que no venga recientemente de las manos del trabajador productivo (porque en esta categoría tienen que ser incluidos los transportadores y distribuidores, lo mismo que los dedicados a las primeras etapas de la producción), y nada que haya sido producido en tiempo remoto, como no sean algunas botellas de buen vino añejo. Lo que este hombre heredó de su padre, y de lo cual decimos que vive, no es, en manera alguna, riqueza efectiva, sino tan sólo el poder de disponer de riqueza a medida que otros la producen. Y es de la producción contemporánea de donde saca su subsistencia.

¹² Las cincuenta millas cuadradas de Londres contienen, indudablemente, más riqueza que ningún otro espacio análogo. Sin embargo, si el trabajo productivo cesara absolutamente en Londres, a las pocas horas la gente comenzaría a morir como ganado enfermo, y a las pocas semanas, a lo sumo a los pocos meses, apenas quedaría nadie vivo. Porque una suspensión completa del trabajo productivo sería un desastre más espantoso que el experimentado jamás por una ciudad sitiada; no sería una mera muralla de circunvalación externa, como la que Tito erigió en torno de Jerusalén, que impidiera la constante introducción de los artículos de que vive una ciudad, sino la erección de una muralla análoga en torno de cada hogar. Imaginad una semejante suspensión de trabajo en cualquier país y veréis cuán verdad es que el género humano vive realmente de la mano a la boca, que es el trabajo diario de la sociedad el que proporciona a ésta su pan de cada día.

¹³ Exactamente como la subsistencia de los trabajadores que construyeron las pirámides no era extraída de un acopio previa-

mente dispuesto, sino de las cosechas constantemente ofrecidas por el Valle del Nilo; lo mismo que, cuando un gobierno de hoy emprende una gran obra de años, no se apropia para ello riqueza ya producida, sino riqueza todavía por producir, que mediante impuestos se toma de los productores a medida que las obras progresan, así la subsistencia de los trabajadores empleados en una producción que no rinde directamente subsistencias, viene de la producción de subsistencias a que, simultáneamente, otros trabajadores están dedicados.

14 Si trazamos el círculo del cambio por el cual el trabajo hecho para la producción de una gran máquina de vapor asegura al trabajador el pan, la carne, los vestidos y el albergue, encontraremos que, aun cuando entre el obrero de la máquina y los productores del pan, carne, etc., pueda haber un millar de cambios intermedios, la transacción, reducida a sus más mínimos términos, realmente equivale a un cambio de trabajo entre el uno y los otros. Ahora bien, la causa que induce al empleo del trabajo en la máquina es, evidentemente, que alguien que puede dar lo que el obrero de la máquina desea, necesita, en cambio, una máquina; es decir, existe una demanda de una máquina por parte de aquellos que están produciendo trigo, carne, etc., o por parte de los que están produciendo lo que los productores de pan, carne, etc., desean. Esta demanda es la que dirige el trabajo del mecánico a la producción de la máquina; y viceversa, la demanda de pan, carne, etc., que hace el mecánico, encamina realmente una suma equivalente de trabajo a la producción de estas cosas, y así, su trabajo, realmente empleado en la producción de la máquina, produce virtualmente las cosas en las cuales él invierte sus salarios.

15 O para formular este principio:

La demanda para el consumo determina la dirección en que el trabajo se empleará en la producción.

16 Este principio es tan sencillo y notorio que no necesita mayor explicación; sin embargo, a su luz todas las complejidades de

nuestro asunto desaparecen, y logramos la misma visión de los fines y recompensas reales del trabajo en las complicaciones de la producción moderna que cuando, en los comienzos mismos de la sociedad, observamos las formas más sencillas de la producción y el cambio. Vemos que, ahora como entonces, cada trabajador está tratando de obtener, por sus esfuerzos, la satisfacción de sus deseos; vemos que, aunque la minuciosa división del trabajo asigna a cada productor sólo la producción de una pequeña parte, o acaso nada absolutamente, de las particulares cosas por cuya obtención aquél trabaja, sin embargo, él, ayudando a la producción de lo que otros productores necesitan, está encaminando el trabajo de otros a la producción de las cosas que él necesita; de hecho las está produciendo él mismo. Y así, si él hace cuchillos de caza y come trigo, el trigo es realmente tan producto de su trabajo como si él lo hubiera cultivado para sí propio y dejara a los cultivadores de trigo que hicieran sus propios cuchillos de caza.

17 Vemos así cuán universal y completa verdad es que, en todo cuanto es tomado o consumido por los trabajadores en recompensa de su trabajo rendido, no hay adelanto de capital a los trabajadores. Si yo he fabricado un cuchillo de caza y con los salarios recibidos he comprado trigo, he cambiado sencillamente cuchillos de caza por trigo, añadiendo cuchillos de caza al acervo existente de riqueza y tomando trigo de éste. Y como la demanda del consumo determina la dirección en que el trabajo productivo se empleará, ni siquiera puede decirse, mientras no alcance el límite de la producción de trigo, que he disminuido las existencias de trigo, porque, poniendo cuchillos de caza en el acervo de riqueza cambiabile y sacando trigo, he determinado al trabajo, en el otro extremo de una serie de cambios, a la producción de trigo, exactamente como el agricultor, poniendo el trigo y demandando cuchillos de caza, determinó al trabajo a la producción de cuchillos de caza, como el medio más fácil por el cual podía obtener trigo.

18 Y, de igual modo, el hombre que ara —aunque la cosecha para la cual está abriendo la tierra no esté aún sembrada, y después de sembrada tardará meses en madurar—, sin embargo, por el empleo de su trabajo en arar, está produciendo virtualmente el alimento y los salarios que recibe. Porque aun cuando arar sólo es una parte de la operación de producir una cosecha, es una parte, y parte tan necesaria como segarla. Hacerlo es un paso hacia la consecución de una cosecha que, por la seguridad que da de la futura cosecha, libera de las existencias constantemente mantenidas la subsistencia y salarios del que ara. Esto es verdad no sólo teóricamente, sino práctica y literalmente verdad. Haced que cese la labranza en el tiempo oportuno para arar. Los síntomas de la escasez ¿no se manifestarían, desde luego, sin aguardar al tiempo de la cosecha? Que no se are, y ¿los efectos no se sentirían en el acto en la caja del comerciante, en el almacén de máquinas y en la fábrica? El huso y la lanzadera ¿no quedarán pronto tan ociosos como el arado? Que esto así sería lo vemos en los efectos que inmediatamente siguen a una mala estación. Y si ocurría esto, el hombre que ara ¿no está realmente produciendo su subsistencia y salarios, como si durante el día o la semana su trabajo hiciera efectivamente las cosas por las cuales su trabajo se cambia?

19 De hecho, donde el trabajo busca empleo, no es la falta de capital lo que al propietario de la tierra que promete una cosecha para la cual hay demanda, le impide contratarlo. O hará un convenio para cultivar en participación, procedimiento usado en algunas partes de Estados Unidos, caso en el cual los trabajadores, si carecen de medios de subsistencia, obtendrán crédito en el almacén más cercano a cuenta del trabajo que están haciendo, o, si aquél prefiere pagar salarios, el propio agricultor obtendrá el crédito, y así, el trabajo hecho en el cultivo es inmediatamente utilizado o cambiado a medida que se ejecuta. Si se quiere invertir más capital del que se emplearía si los trabajadores se vieran obligados a mendigar en vez de trabajar (porque

en todo país civilizado, en circunstancias normales, los trabajadores han de ser sustentados de uno u otro modo), el capital de reserva saldrá por la perspectiva de su reposición, y de hecho es repuesto por el trabajo, a medida que éste se realiza. Por ejemplo, en algunos distritos de California meridional hubo en 1877 una total falta de cosecha, y de millones de carneros no quedaron más que los huesos. En el gran valle de San Joaquín había muchos agricultores sin alimento suficiente para sostener a sus familias hasta la próxima recolección, y menos aún para sustentar algunos trabajadores. Pero las lluvias cayeron otra vez en la estación adecuada, y aquellos mismos agricultores comenzaron a alquilar brazos para arar y sembrar. Porque aquí y allá había algunos agricultores que habían guardado parte de sus cosechas. Tan pronto como vinieron las lluvias desearon venderlas antes de que la próxima cosecha trajera precios más bajos, y el grano así reservado pasó, por medio del mecanismo del cambio y del crédito, a ser utilizado por los cultivadores; fue libertado, de hecho producido, por el trabajo realizado para la próxima cosecha.

20

La serie de cambios que une la producción con el consumo puede ser comparada con un tubo curvado lleno de agua. Si por uno de los extremos entra una cantidad de agua, una cantidad semejante sale por el otro lado. No es idénticamente la misma agua, pero es equivalente. Y, de igual modo, aquellos que realizan la obra de producción ponen al mismo tiempo que sacan —no reciben en subsistencia y salarios sino el producto de su trabajo.